

Francisco Gárate, grande en lo pequeño

José Enrique Ruiz de Galarreta

La galería de los santos es variada, contrastada, casi podríamos decir que contradictoria. Acabamos de celebrar el quinto centenario del nacimiento de Francisco de Javier, y nos encontramos con el 15º aniversario del nacimiento de Francisco Gárate. Y parece que no puede haber dos personas más diferentes, dos santos tan opuestos, dos trayectorias vitales más dispares. Francisco de Javier, como un volcán, como un río de fuego incontenible. Francisco Gárate, una mansa corriente de agua subterránea, invisible, imperceptible, silenciosa.

El famoso, el brillante, el apóstol de multitudes, el viajero que recorre miles de kilómetros para anunciar el Evangelio, frente al silencioso portero de la universidad de Deusto, que quema su vida, como una candela que va mermando insensiblemente, haciendo durante cuarenta años, todos los días exactamente lo mismo.

Pero, pensándolo bien, no es muy diferente de Javier o de Iñigo de Loyola. Resulta aleccionador recordar una preciosa escena de la vida de Javier. En Goa, año 1552, poco antes de partir para su último viaje a China, Javier daba pláticas a los fervorosos y entusiastas novicios, jovencillos fervorosos recién llegados de Coimbra. Ardían en deseos de hacer cosas grandes por Jesucristo, predicar en tierras lejanas, arrostrar peligros incontables... Javier insistía en que, an-

te todo, «hay que ser grande en lo pequeño», es decir, que la prueba de fuego de una espiritualidad no consiste en soñar cosas grandes, sino en la calidad de lo cotidiano. Y aquí sí que Francisco Gárate fue —es— un maestro insuperable.

La vida de Francisco Gárate es lineal, sencilla: nace en Errekarte, un modesto caserío del valle de Loyola, a la sombra del inmenso santuario, el 3 de febrero de 1857, día de San Blas (por eso se llamaba Blas Francisco María). Un caserío medianamente acomodado, pero no propiedad de los Gárate, que tenían que pagar el arrendamiento a sus propietarios. Una pequeña cocina, una sala mediana, cinco dormitorios minúsculos y varios espaciosos pajares, desvanes, cuadras... Buenas tierras de cultivo, maíz, patatas, huerta, frutales, un rebaño de ovejas, algunas vacas... un enorme y trabajo para el padre de familia, Patxi, y más aún para la madre, Mary Batista, que tenían que mantener a los abuelos y a una docena de hijos, suyos y de matrimonios anteriores de ambos... y aún quedaba sitio para un «*agure atarria*», una habitación junto al zaguán en donde se acogía a los mendigos. Trabajo, trabajo y austeridad. Y una enorme piedad, sencilla, sólida, manifestada en devociones cotidianas, en oraciones constantes, en asistencia al templo... y en una honradez y ayuda a todos casi legendaria.

Catorce años vive el pequeño Praixku en su caserío: un chiquillo ágil y

listo, servicial y obediente, tan rápido como sereno.

La sombra de Loyola y el trato con los jesuitas le atrajeron. A los catorce años se fue a Orduña, donde los jesuitas tenían en colegio, a servir como ayudante o criadito, y con él su mejor amigo, Inashio Bereciartúa, del caserío Katalangoa, también al lado del santuario de Loyola. Era frecuente en la época (estamos en 1871), que los conventos y colegios se sirvieran de chicos de familias numerosas, dándoles a cambio algo de instrucción en diversos oficios y una buena formación religiosa. La familia contenta, el chico contento y los frailes también.

El colegio de Orduña era un internado para la gente bien de Bilbao, y en él se formaron muchas personalidades importantes de la vida económica y política de la época. Dos años más tarde, los dos amigos se decidieron a entrar en la Compañía, para ser hermanos coadjutores, es decir, jesuitas no sacerdotes, que trabajaban en el mantenimiento de las casas y eran porteros, cocineros, sacristanes y ayudantes de los sacerdotes en sus ministerios.

Durante todo el siglo XIX, la Compañía de Jesús de España anduvo en continuos sobresaltos, pues cada cambio de gobierno (liberales, conservadores...) suponía frecuentes expulsiones, seguidas de rehabilitaciones, y sus obras sufrían un estado de inesta-

bilidad absoluto. En 1871 la Compañía estaba expulsada, y el Noviciado se había trasladado a Poyanne, en el sur de Francia. Allí fueron Praixku y José Inasio, acompañados por sus padres, en un viaje semiclandestino, porque eran tiempos de la última guerra Carlista y los chicos podrían haber sido detenidos para que se alistasen al ejército de don Carlos.

Dos años de noviciado, votos religiosos y destino. Los dos fueron destinados a un colegio que estaba naciendo en Laguardia, Pontevedra. Allí, el Padre Tomás Gómez, increíble creador de nuevas obras en tiempos tan inestables, sacaba adelante una obra que sería múltiple: colegio, escuela universitaria, seminario... del que procederán con el tiempo el Colegio de Vigo, la Universidad Pontificia de Comillas y la Universidad de Deusto.

Jose Inashio (el hermano Bereciartúa) y Praixku (el hermano Gárate) fueron destinados, el primero a la cocina y el segundo a la enfermería. Les esperaban once años de intenso y callado trabajo. En el caso de Gárate fue tan intenso, se tomó su cargo de enfermero con tal dedicación, que los superiores temieron por su salud y decidieron cambiarle de aires. En 1888 lo enviaron a Deusto, donde estaba naciendo la Universidad. Con él, por supuesto, Bereciartúa, que mantuvo su trabajo de cocinero. Francisco Gárate recibió como oficio

el cuidado de la portería, que no se limitaba a lo que la palabra parece decir, porque la Universidad era un internado (aunque había algunos alumnos externos) y una residencia de Padres Jesuitas que atendían numerosos ministerios, y el portero estaba a cargo de todo lo que salía y entraba de la casa y de los mil recados y una pequeñas misiones cotidianas que tal complejo requería.

*no pasa nada... Nada más
que una cosa: que Francisco
Gárate cumple con su trabajo
de una manera
increíblemente excelente*

Y aquí se acaba la historia exterior, los movimientos, los cambios. Aquí, primavera de 1877 al 9 de septiembre de 1929... no pasa nada... Nada más que una cosa: que Francisco Gárate cumple con su trabajo de una manera increíblemente excelente. No hay grandeza, brillo ni espectáculo alguno en sus cuarenta y dos años de vida en Deusto. Toda su grandeza radica en la perfección de lo pequeño, de lo habitual, de lo corriente. Su magia, hacer que lo habitual no sea simplemente un hábito, que lo ordinario sea extraordinario por su calidad. Su vida fue la de un humilde hermano coadjutor.

Los hermanos, dedicados a los oficios llamados «humildes», bajos, materiales, tenidos casi como mera ayuda para que fuera posible el trabajo de los Padres. En resumen, barrer, cocinar, lavar, fregar, cuidar a los enfermos, atender a la portería... Todos estos oficios humildes fueron el campo de trabajo de Gárate en los cincuenta y cinco años que vivió en la Compañía. Así que no tiene demasiada importancia qué cosas hizo, sino cómo lo hizo. Con perfección plena, no precisamente por una autoexigencia perfeccionista, sino por un exquisito sentido del servicio completo, perfecto, amable, atento, discreto y cariñoso a las personas a las que servía.

Todas las personas que acuden a la portería de la Universidad son recibidas atentamente, con delicadeza y eficacia. Los huéspedes que llegan tarde, a altas horas de la noche, encuentran la luz de la entrada encendida, a Gárate —rosario en mano— esperando, con la cena preparada, con la habitación dispuesta. Los alumnos que necesitan pequeños favores, los mendigos que saben que siempre habrá para ellos un bocado (sustraído medio a escondidas de los restos de la cena, mientras su amigo el cocinero Inashio Bereciartúa de Katalangoa refunfuña un poco, con total complicidad...), las llamadas por teléfono (durante años sólo hubo un único teléfono en Deusto) que le obligan a correr por toda la casa en busca del padre jesuita reclamado... todas

las cosas normales, corrientes, habituales, hechas, siempre, invariablemente, con exactitud perfecta, con amabilidad extrema, y, sobre todo, de corazón. Nada en Gárate es costumbre, hábito, obligación: es servicio desde el corazón.

Esta es la maravilla exterior, pero tiene una fuente. Esto es lo que se ve, pero es sólo la manifestación de lo que pasa por dentro: y lo que pasa por dentro es **una continua y saboreada presencia de Dios**. De dentro a fuera, aquí radica toda la personalidad espiritual de Francisco Gárate. Hay en ella algo mucho más que natural, pero que se manifiesta con tanta sencillez, que parece simplemente natural, como si fuera simple consecuencia de su carácter, de su manera de ser. Gárate es el ejemplo perfecto de alguien cuya vida interior es tan poderosa que se manifiesta en cada detalle de lo exterior como espontáneamente, aparentemente sin esfuerzo.

Francisco Gárate vive en Dios día y noche, con una fe sin fisuras, con la persuasión radical de estar sirviendo al Señor en cada uno de los pequeños servicios de su oficio. Pero, sobre todo, por una continua y viva presencia de Dios. Vive en Dios y se siente en sus manos: su frase favorita es «*a buen amo servimos*», y experimenta la presencia del Buen Amo de manera que, ante cualquier problema, revuelta estudiantil, amenaza de agresiones de extremistas... Gárate siempre conser-

va una imperturbable serenidad: «No pasará nada que Dios no permita...».

De dentro a fuera... pero no conocemos más que lo de fuera. Para descubrir su personalidad más profunda sólo podemos captar las manifestaciones observables: nos gustaría entrar en su intimidad, aunque resulte muy difícil ante todo porque no nos ha dejado nada de su vida interior, de sus ejercicios, de sus vivencias, de su evolución interior. Sólo podemos vislumbrar las causas profundas de su manera de actuar.

Dos manifestaciones externas de ese interior

Ante todo, vive absolutamente desprendido de todo lo que no sea indispensable: no posee prácticamente nada; la ropa que viste, siempre sumamente pulcra, le dura tantos años que parece siempre la misma; su habitación es un rincón debajo de la escalera, con una cama, que no usa, y una silla, en la que duerme, vestido, unas pocas horas, y sobre la que pone una palangana para el aseo personal. Todo esto, sin embargo, no es una renuncia, un esfuerzo ascético: es la manifestación de que no necesita realmente nada, porque su encuentro permanente con Dios y su servicio cotidiano le dan todo y más de lo que necesita. Gárate vive del Tesoro, el encuentro habitual con Dios y el gozo de servirle en sus hijos, y ha dejado

todo lo demás casi sin darse cuenta, porque el Tesoro le da todo lo que un ser humano puede necesitar.

Pero también esto es solamente una manifestación exterior. Hay algo más profundo, que adivinamos al seguirle en su oración. Sólo la conocemos por algunas manifestaciones externas, cuando le sorprendían. En su cuchitril a menudo, pero sobre todo en la capilla, no pocas veces tendido en

su naturaleza debe mucho

a su herencia: hijo de

labradores no acomodados,

hereda de sus padres la fe

profunda, sencilla y básica,

los hábitos del honrado

labrador, trabajador,

íntegro, hogareño y fiel

el suelo con los brazos extendidos cuando cree que nadie le ve; por los interminables tránsitos de la universidad, con el rosario en la mano, en los momentos menos ocupados de la portería, dirigiendo siempre una mirada de cariño a las imágenes de Jesús, de María y de José, abundantes por la casa (que él mismo se encarga de limpiar, de adornar, de rodear de flores)...

Conclusión: Gárate está siempre en oración, y por eso, siempre deprisa,

sirviendo eficazmente, y nunca apresurado, con el corazón alegre y sereno: toda su vida ha sido ágil, rápido, movido... y nunca agobiado ni atropellado ni precipitado. Todo nace de su equilibrio interior, de la presencia sentida, gozosa y exigente del Buen Amo, que le motiva a la perfección del servicio y al mismo tiempo le garantiza la paz y el gozo, la serenidad interior.

Gárate es más que un hombre devoto y cumplidor: es sobre todo la síntesis entre la naturaleza y la gracia: es la naturaleza llevada por la gracia a la

*saludar a las imágenes,
cuidarlas y venerarlas con
extraordinario afecto parece
algo demasiado simple,
pero sirve para renovar
constantemente la afectividad
a través de tales mediadores*

plenitud. Su naturaleza debe mucho a su herencia: hijo de labradores no acomodados pero tampoco pobres, hereda de sus padres, Patxi y Mari Batista, tanto la fe profunda, sencilla y básica, como los hábitos del honrado labrador, trabajador, íntegro, hogareño, fiel. «Praixku» parece heredar de sus padres la quinta esencia de la honrada religiosidad, de la fe «espontánea», basada en innumerables devociones, fielmente practicadas, que anima todos los demás valores —tan profun-

dos— de la vida del labrador. Todo esto es como la semilla de la que brotará el árbol de la vida espiritual de Francisco. No conocemos más que los frutos del árbol, pero llegamos a vislumbrar que son frutos de un árbol de profundísimas raíces.

Me atrevo a decir que, rodeado de tantos santos espectaculares y famosos, Javier, Loyola, Fabro, habiendo vivido entre tantos jesuitas importantes en la Universidad de Deusto, Francisco Gárate es el más actual y más necesario de los santos, el que nos ofrece lo que más necesitamos: la intimidad con Dios y la radicalidad en el servicio cotidiano. Ser grande en las cosas pequeñas es la especialidad de Francisco Gárate. Ser grande en las cosas pequeñas porque es grande su vida interior, su relación permanente con Dios. Lo demás sólo son consecuencias.

No éste el momento ni tenemos espacio para narrar las infinitas pequeñas anécdotas que corroboran todo lo anterior. Así que me limito a terminar con un par de pensamientos que me han asaltado al aproximarme a su figura.

En primer lugar, las mediaciones

La imagen del Gárate piadoso tiene mucho que ver con el rosario, con las imágenes, con la presencia de Jesús en el Sagrario. Que tienen valor de

medios: desgranar continuamente las cuentas del rosario puede ser una simple superstición muy externa, pero también un modo de renovar constantemente la presencia de Dios. Saludar a las imágenes, cuidarlas y venerarlas con extraordinario afecto parece algo demasiado simple, pero sirve para renovar constantemente la afectividad, el amor de Dios a través de tales mediadores. La compañía a Jesús sacramentado podrá ser entendida insuficiente... pero hace revivir constantemente el amor de Jesús, sentido como personal y presente.

Muchos hoy han abandonado estas mediaciones. Me pregunto ¿se ha abandonado solamente al mediador o también con él al mediado? ¿Se han sustituido tales mediaciones por otras que produzcan los mismos efectos o el hombre de hoy se considera tan superior como para poder prescindir de todas ellas?

Un último ejemplo: Gárate no habla nunca de Abbá, sino del *buen Amo*. El mundo de la confianza y el amor filial está presente por la devoción a María y a José... Al abandonar a estos mediadores, ¿la fe se ha hecho más adulta o más confusa, más sólida o más nebulosa?

En segundo lugar, las canonizaciones

Francisco Gárate fue declarado «Beato» el 6 de octubre de 1985. Es el paso

anterior a la canonización, el reconocimiento oficial de santidad por parte de la Iglesia Jerárquica. Yo quisiera proponer tres canonizaciones privadas, tres actos de fe en tres santidades particulares, que venero de corazón:

En primer lugar a los hermanos coadjutores que pocos suben a los altares. Nunca aparecerán en primer término de las Historias. No son las altas torres espectaculares; son como los cimientos de las catedrales. No son como la luz, aparatosa y deslumbrante; son como la sal, discreta y desconocida mientras no falte o sobre. Las torres y las luminarias serán, quizá, los Reverendos y famosos Padres. Ellos y tantos Gárates inadvertidos, han sido y aún son «solamente» los cimientos y la sal.

Fieles, laboriosos hasta el límite, obedientes sin perder su personalidad, creativos, ingeniosos, profundamente espirituales, hombres de constante y sentida oración... Han escrito muchas de las páginas más importantes de la santidad en la Compañía de Jesús, pero a lápiz, discretos, en silencio. En nuestro corazón, que es donde importa, les rendimos culto de admiración y agradecimiento. En nuestro corazón, los tenemos canonizados.

En segundo lugar a Patxi y Mari Bautista que cuidaron de sus (muchos) hijos, de los (muchos) hijos de otros y de sus propios padres. Sacaron adelante a la familia trabajando sin cesar,

sin horas, sin vacaciones, sin reserva alguna. Las vacas, las ovejas, el maíz, la hierba, las patatas, los manzanos; cocinar, lavar, limpiar a los críos, alimentarlos, barrer... ¿cómo llegaban a todo? Pues llegaban, y sin perder la sonrisa. Y, además, más bien como motor de todo, daban gracias a Dios, oraban en cualquier ocasión y supieron transmitir a sus hijos su honradez y su piedad. Como tantos padres y madres, a los que los hijos deben lo mejor de sí mismos.

Errekarte, el modesto caserío frente al suntuoso santuario; el ladrillo frente al mármol. El labrador de embarradas abarcas y basta boina gastada frente a la estatua de plata adornada de costosísimas joyas. Lo pequeño y lo ostentoso. El silencio de lo cotidiano y el estrépito de lo extraordinario. Lo que no sale en la

foto, lo que no merece libros carísimos de deslumbrantes fotografías. Lo que es solamente medio exacto para el fin, no trompeteo de piedra de mal entendidas glorias de los dioses. (Y esto no es crítica al Santuario, sino admiración y devoción por el caserío.)

Volvemos a repetir: en nuestro corazón, que es donde importa, le rendimos culto de admiración y agradecimiento a todo esto. En nuestro corazón, lo tenemos canonizado.

«Y un día, Jesús, lleno del Espíritu, empezó a gritar: Te doy gracias, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y a los poderosos, y se las has revelado a la gente sencilla. ¡Gracias, Padre, porque así lo has querido!». ■